

Basura

Ya lo dice el refrán: se empieza poniendo los codos sobre la mesa y se termina degollando a la suegra. Primero fueron las malas traducciones y las incorrecciones de toda laya, hasta el punto de hacernos dudar si aquel personaje antaño clave en cualquier editorial, el corrector de estilo, sigue existiendo o ha pasado a mejor vida; luego empezaron a proliferar libros no sólo mal redactados, sino también mal escritos, apresurados, terminados de cualquier manera para ganar el premio o cobrar el anticipo. Y si entre los escritores parece estar cundiendo el "ten-te mientras cobro", en justa correspondencia los editores aplican lo de "si sale con barba, San Antón, y si no, la Purísima Concepción": la idea es publicar el máximo de libros invirtiendo el mínimo (dinero, tiempo, cuidado) en cada uno, con la esperanza de que alguno de ellos sea la flauta que, al sonar por casualidad, les salve el ejercicio.

Así estaban las cosas cuando "Todas putas" ha venido a demostrar que el progreso es imparable. Si primero los editores –con honrosas excepciones– descubrieron cuánto más cómodo y barato era

EL RUNRÚN

**LAURA
FREIXAS**



**EL POLÉMICO
libro "Todas putas"
ha venido a
demostrarnos que el
progreso es imparable**

lavarse las manos respecto a la corrección lingüística y a la calidad del texto, ahora se ve que tampoco va con ellos el contenido de los libros que publican, del cual –ha declarado José Manuel Lara– no se responsabilizan y hasta pueden personalmente discrepar, un poco como aquel señor entrevistado en "la contra" que, en tanto que profesional, asesoraba a cierto candidato a la presidencia, pero, como ciudadano particular, votaba a otro. Lo cual plantea algunas preguntas: si por respetar la libertad del creador, el editor renuncia a todo criterio propio, ¿para qué necesitamos editores, y no simples imprentas? O esta otra: ¿en nombre de qué habría que permitir al escritor lo que no se permite al resto de los ciudadanos, por ejemplo, publicar un panfleto racista o de apología de la violencia? Claro que un texto literario –artefacto complejo, ambiguo, quizá irónico– no es igual que un panfleto ni se le puede juzgar por el mismo rasero; pero deberá en todo caso demostrar esa complejidad, esa ironía: no basta, para merecer el calificativo de "literario" y los privilegios que conlleva, con que esté encuadrado y se venda en las libre-

rias. Como decía Llätzer Moix, una cosa es "Lolita", y otra, este engendro.

En los mismos días en que aparecía "Todas putas", el CCCB inauguraba la exposición "Cultura basura" y se publicaba un reportaje sobre un grupo francés autodefinido como "feministas pro sexo" que defiende la prostitución argumentando que es lo mismo vender el cuerpo que la fuerza de trabajo; de lo que el periodista extrae esta sorprendente conclusión: "La buena noticia es que la utopía está de retorno" ("El País", 18/V/2003).

Es curioso que se llame "utopía" –etimológicamente: lo que no existe en parte alguna– a aquello que ha existido siempre en todas partes: prostitución y trabajo alienado. Quizá lo que pasa es que, habiendo renunciado a la auténtica utopía, hacemos de la necesidad virtud y llamamos utopía a la cruda realidad. Y tolerancia, a la indiferencia; libertad de expresión, al todo vale (sobre todo, si vende), y cultura, a la basura. Aunque a algunos nos parezca que no por ponerle perfumadas etiquetas la basura apesta menos.

lfreixas@patagonmail.com